

No hay peor ciego...

Marzo 15, 2026 – Rev. Germán Novelli Oliveros

Juan 9:1-11

¹ Al pasar, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. ² Sus discípulos le preguntaron: «Rabí, ¿quién pecó, para que éste haya nacido ciego? ¿Él, o sus padres?» ³ Jesús respondió: «No pecó él, ni tampoco sus padres. Más bien, fue para que las obras de Dios se manifiesten en él. ⁴ Mientras sea de día, nos es necesario hacer las obras del que me envió; viene la noche, cuando nadie puede trabajar. ⁵ Mientras que estoy en el mundo, soy la luz del mundo.» ⁶ Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva, y untó el lodo en los ojos del ciego; ⁷ entonces le dijo: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que significa “Enviado”).» El ciego fue, se lavó, y al volver ya veía. ⁸ Entonces los vecinos, y los que antes habían visto que era ciego, decían: «¿No es éste el que se sentaba a mendigar?» ⁹ Unos decían: «Sí, es él»; otros decían: «Se le parece»; pero él decía: «Yo soy». ¹⁰ Y le dijeron: «¿Y cómo es que se te han abierto los ojos?» ¹¹ Él les respondió: «Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo, me lo untó en los ojos, y me dijo: “Ve a Siloé, y lávate.” Y yo fui, me lavé, y recibí la vista.»

¿QUÉ NOS DICE EL TEXTO?

- El capítulo ocho del evangelio de Juan culmina con una situación tensa, en la que Jesús tuvo que dejar el templo y esconderse para evitar ser apedreado por los líderes judíos (Juan 8:59). En estas circunstancias, Jesús encuentra a Su paso a un hombre que era ciego de nacimiento, algo que suscita una pregunta entre Sus discípulos: ¿Quién pecó para que esta persona padeciera tal enfermedad? ¿Este hombre o sus padres? (v. 2). En los días de Jesús, e incluso en los nuestros, muchas personas aseguran que los sufrimientos que padecemos son causa de algún pecado específico, es decir, un castigo divino. Y aunque el pecado es la raíz de todas las desgracias, Jesús invita a Sus seguidores a tener una perspectiva diferente.

- La respuesta de Jesús llama la atención: **«No pecó él, ni tampoco sus padres. Más bien, fue para que las obras de Dios se manifiesten en él.»** (v.3). Jesús no solo preparaba la restauración de la vista de este hombre y así manifestar la obra de Dios en Él, sino que también apuntaba a algo mayor: la salvación por medio del Hijo. Cristo no solo traería sanidad física, sino también salvación espiritual que es “luz” para este mundo.
- Habiendo dicho esto, escupió la tierra para hacer lodo, el cual untó sobre los ojos del hombre ciego. Seguidamente, lo invitó a lavarse en el estanque de Siloé, ubicado muy cerca del templo de Jerusalén. El nombre del estanque significa “enviado”, recordándonos quién es Jesús y Su origen. El hombre hizo lo que Jesús le dijo, y al lavarse pudo ver.
- Sin embargo, la historia no termina con el milagro acontecido, sino con las reacciones de las personas del lugar: por un lado, había asombro entre los testigos quienes tenían sus dudas y comentarios, y por otra parte estaban los judíos, quienes no daban crédito al milagro (v. 8-12).
- Al ver el revuelo de lo sucedido, los judíos se desesperan aún más (recordemos lo ocurrido en el capítulo anterior). Es por ello que deciden llamar al hombre sanado para interpellarlo (v.13-34). Entre los fariseos se levantan dos perspectivas, ambas contra Jesús. Una surgía de la crítica por haber realizado una obra milagrosa el sábado, y romper la Ley (v.16); mientras que un grupo aseguraba que estas obras no provenían de Dios. El hombre tuvo que contar su historia un par de ocasiones, ante la incredulidad de los judíos.
- La dureza de sus corazones los llevó además a interrogar a los padres de este hombre (v. 18-23) quienes confirmaron la condición de ciego de su hijo, pero se mostraron temerosos ante la interpellación judía. En todo caso, el centro de atención vuelve a estar sobre el pobre hombre, quien insistía en que fue Jesús Su sanador, y que no podía explicar de dónde vino el poder para sanarlo. Finalmente, los judíos deciden expulsarlo del lugar y restar importancia un evento sin precedentes, el cual ni ellos mismos sabían explicar.

- Tras el interrogatorio, Jesús vuelve a encontrarse con este hombre y es en Su conversación con él que nosotros encontramos la importante enseñanza que nos deja esta obra que manifiesta —como dice el Señor— la obra de Dios. Jesús le preguntó al hombre: ¿Crees en el Hijo de Dios? (v. 35). La pregunta es clave para entender el rol de la fe en nuestra salvación. Si no creemos, no hay fe... y si no hay fe, no hay nada. Este será el mensaje que encontramos en este evangelio. La vida eterna no se consigue por obras, sino por la fe en el Hijo de Dios, ya que los que creen en Él serán salvos.
- El hombre responde con una pregunta: ¿Quién es el Hijo en el que tengo que creer? (v.36). Este muchacho no conocía a Dios hasta ese encuentro con Jesús, sin embargo, cuando era interpelado por los fariseos, tampoco tenía claridad para saber quién era su sanador, y de dónde provenía. Ahora tenía la oportunidad de estar frente a él, y de que sus ojos espirituales pudieran abrirse para ver su salvación. ***“Ya lo has visto, es el que habla contigo”*** (v. 37), es la afirmación que sale de la boca de Cristo, quien revela Su identidad eterna y divina, y que hace que el corazón del hombre sanado y salvado sea llevado a la adoración en fe que debe existir en todo creyente.
- Jesús no había venido al mundo para condenarlo, sino salvarlo, para liberar a los cautivos, para pregonar libertad del pecado, y para que los ciegos vieran, tal y como revelaba el profeta Isaías. El episodio con el ciego culmina con la última reacción de los fariseos que estaban allí, quienes cuestionaron a Jesús hasta el último momento, y cuyo debate con el Señor se extiende un poco más en los versículos y capítulos siguientes. Ellos reclamaron sobre si Jesús los llamaba ciegos a ellos, algo que el Señor no duda en responder: ***«Si ustedes fueran ciegos, no tendrían pecado; pero ahora, como dicen que ven, su pecado permanece»*** (v.41).
- La ceguera espiritual de los fariseos describe nuestra propia realidad. Cuando rechazamos al Señor, cuando no reconocemos nuestro pecado, y cuando preferimos una vida apartada de los caminos de Dios y lejos de Jesucristo, somos ciegos espirituales que no queremos ver ni entender la verdad revelada en la Palabra hecha carne: Jesús. Al igual que ellos, nosotros no

podemos entender la manifestación de Dios por nuestra propia cuenta. Solo la fe, que recibimos por gracia, abre nuestros ojos, sana nuestros pecados, y restaura nuestra relación con Dios. Es la fe lo que nos mueve a confesar nuestros pecados, y abrazar el perdón que solo Jesús puede ofrecer.

PARA REFLEXIONAR

1. ¿De qué maneras actuamos como ciegos espirituales en nuestra vida diaria?
2. ¿Por qué decimos que Jesús vino a sanarnos y a salvarnos? ¿De qué trata esta doble misión en el rol del Señor en nuestras vidas?
3. Las personas suelen decir: *ver para creer*. ¿Por qué crees que los fariseos eran tan incrédulos ante los milagros de Jesús? ¿Por qué les era tan difícil aceptar al Señor como Mesías?
4. Al igual que el hombre ciego, nosotros no podemos hacer nada para ser sanos, creer en Jesús, y alcanzar la salvación por nuestro propio mérito. ¿Qué regalos nos da Dios para abrir nuestros ojos y obrar fe en nuestros corazones? *(Puedes consultar también el Catecismo del Dr. Lutero, en la explicación del Tercer Artículo del Credo Apostólico: <https://catechism.cph.org/es/el-credo.html>)*
5. Así como el hombre fue sanado tras lavarse en las aguas del estanque de Siloé, ¿En qué aguas somos lavados los creyentes para tener fe y salvación? *(Una vez más, puedes consultar el Catecismo del Dr. Lutero: <https://catechism.cph.org/es/el-sacramento-del-santo-bautismo.html>)*